

EL MODERNISMO TAN DULCEMENTE ANTICUADO

YO no tengo la culpa de que el tiempo sea más largo que el amor", dice con prodigio el personaje inventado por Paul Valery.

"Yo no tengo la culpa de que el tiempo haya sido más largo que el modernismo", dicen con melancolía infinita los señores—él y ella—de 1920.

Todas las generaciones han visto periclitarse su actualidad. Pero lo que vieron caer era una "moda", una "afición", una "boga"... Ninguna época ha tenido tan insultante y concreto el fundamento de su estilo como el 1920: nadie ha afirmado tan rotundamente su vigencia y ha lanzado denuetos tan implacables sobre el tiempo de sus hermanos mayores... No podían sufrir los anteriores quince años.

El ángel malo que avivaba este orgullo tenía un ala industrial—los automóviles, las pianolas, los ventiladores...—y otra ala sentimental y lánguida—los sombreros grandes, los bolsillos largos, la cubeta con hielo y champaña, los patines.

Todo esto ha sido reducido a cenizas y nadie ha guardado nada de ello, como si el bolsillo aquel, las flores de trapo aquellas, aquella pianola... estuvieran contaminadas por la lepra. ¡Horrible!

Jorge Manrique levantó con suprema nostalgia la elegía de un tiempo muy Edad Media: perfumes y pajes.

¿Quién ahora pondrá en movimiento ese ventilador que trajo ese 1920 para que a su propio vuelo escapen las frases de nostalgia?...

* * *

¿Qué era ser moderno? Era tener sentido de la rapidez, de la urgencia y del motor. Era conservar las aves de paraíso—todavía el romanticismo—resguardadas por el velo de tul en el coche descubierto bajo el polvo de la carretera. Era tomar mermelada en un recipiente de plata (todavía). Era la luz eléctrica, pero en una pantalla con borlones color "cardenal". Era la primera avería contada en el casino. Era el monóculo. Era el señor rico acompañando a la belleza de extracción humildísima. Era una mujer sola en la mesa del rincón del café elegante. Era una familia alrededor de una pianola.

* * *

Ella iba con una señora de compañía y un joven por las tardes. Ganó una carrera de cintas en la pista de patines.

Y escandalizó a sus antiguas compañeras de colegio fumando un pitillo rubio. Hizo un cursillo de cocina, pero todavía tomaba clases de piano.

* * *

El compró los primeros discos de gramófono (no ya los anticuados cilindros) y se disfrazó de "anarquista" para un baile de Carnaval. Pidió compuestos con ginebra. Y tenía un amigo que se presentaba en las carreras de motos.

* * *

Pero los dos se devolvieron las cartas, en paquetes muy siglo XVIII, con lazos de cintas de seda de color. Y las dedicatorias de las fotografías raspadas.

* * *

En sus relaciones se acordaban de Pilar, aquella doncella que, sin decir nada a nadie—era un modelo de discreción—, había llevado papelitos plegados en cuatro dobleces.

* * *

Lloraba entonces la lluvia sobre las calles como nunca había llorado. Y los pitidos de los trenes eran más angustiosamente agudos. La chistera tuvo sus más fieles reflejos. Aun cuando el primer elegante se presentó con la cabeza descubierta. Mucha balaustrada. De vez en cuando, un farol japonés. Todo caído para abajo... (la vida, los trajes, las pantallas...).

La bocina. La puerta giratoria. El restaurante con visillos. La dama que "siempre iba a pie". La primer abogado. La primera oficinista. En una taquilla, una muchacha.

El número impar. Y el sifón. Y la inicial bordada en la camisa. Y el anuncio luminoso con implacables bombillas amarillentas.

M A R I A N O R O D R I G U E Z D E R I V A S



He aquí siete ilustraciones del tiempo que glosa nuestro colaborador, debidas a ilustres artistas, un día famosos y hoy casi olvidados por la moda inexorable.

